

gregasen y estuviesen quietos, que les prometía toda paz, y luego tomó posesión del río y costa por S. M., y hecho esto, dijo á los caciques que él iba á Culiacán y á su costa, que presto volvería, y los despidió; con que se fueron los indios caciques á sus pueblos. Acabado esto, acordó Nuño de Guzmán salir de aquella tierra que le tenía muy lastimado, por verla tan acabada y perdida, y llamó á sus capitanes, y les dijo se pusiesen en orden para hacer su viaje, y así salieron con mucho contento dejando á Acaponetta muy poblada de indios y pacífica, y cogieron el camino de Chiametla y río del Espíritu Santo, con su campo nuevo.

CAPITULO XLIV.

De cómo Nuño de Guzmán llegó á los ríos de Chiametla y Culiacán, y lo que le sucedió, y cómo de Chiametla envió á pedir más oro y plata á Cristóbal de Oñate, y habiendo vuelto con ella, soltó al cacique D. Cristóbal.

Año de
1531.

Así que puso Nuño de Guzmán en orden las cosas de aquellas poblaciones de Atztatlán y Acaponetta, alistó su campo, y halló que no faltaba ninguno de los españoles, y que todos tenían muy buenas armas de algodón, y estaban apercebidos con mucho matalotaje y talegas, y les mandó que arrojasen las cotas, porque estaban pasadas de orín, y luego mandó hacer lista de los indios amigos, y halló ocho mil, mucho mejor gente que la que había sacado de México, porque era más doméstica, por ser de las provincias confinantes á la Galicia, y hecha lista, dióles capitanes indios y españoles que los gobernasen para que no hiciesen daños ni incendios, como se habían hecho hasta allí,

que fueron grandes los daños á los principios, y iba ya escaramentado. Y puesto todo en orden de guerra, partió para el valle de Chiametla, y aquel día fué á dormir á las Peñuelas, que se llamaron después de D. Pedro de Tovar, y estando allí, le salió á ver infinita gente, y á saber qué gente era la nueva que iba á sus tierras, todos de paz. Otro día salió de allí para Chiametla y su río, y en el llano que dicen de las Vacas, les salieron muchos indios, todos á punto de guerra, á defender la entrada, y hubo algunas escaramuzas y los de á caballo rompieron muchos escuadrones de enemigos, los cuales habiendo visto el estrago y velocidad de los caballos, dejaron las armas, y los más principales de ellos se vinieron al gobernador pidiendo paz y perdón de la facción, y dijeron que lo habían hecho por saber qué cosa eran aquellos animales ó venados en que venían, que ya los habían visto y probado, que conocían eran fuertes y valientes, y que no querían probar las armas con ellos, y que se querían dar por sus amigos y los reconocerían; que les rogaban no entrasen en su pueblo de Chiametla hasta otro día, porque le querían recibir como tan gran señor merecía. El gobernador Nuño de Guzmán estimó mucho sus ofrecimientos y en señal de agradecimiento, le dió una pluma española que quitó de su celada, y se la puso al capitán de los enemigos, que serían más de diez mil, y con esto se fueron.

El gobernador Guzmán se alojó aquel día y noche en el charco de los Caimanes, dos leguas del pueblo de Chiametla, y toda la noche estuvieron en vela, porque eran tantos los fuegos y lumbreras que hicieron los enemigos, así en la sierra como hacia la mar, que parecía de día, y al amanecer salió un escuadrón de entre unos árboles á ver qué orden tenía el campo, el cual en un instante se puso en armas, y los enemigos muy emplumados de garzotas y plumas de papagayos, que parecían como flores por Mayo, todos con sus armas de arcos, tan grandes que parecían turquescos, lanzas y dardos de brasil, se asentaron todos sin alterarse. Estando así, que serían dos mil enemigos, los nuestros les hicieron seña de paz, y ellos respondieron con las mismas, arrojando un dardo que le clavaron en

el suelo, y luego salió uno de ellos muy galán y cojió el dardo y lo llevó arrastrando hasta que llegó junto á nuestro campo y llamó, lo cual visto, se dió orden saliese un hombre de á caballo y un indio armado y galán con plumería de España, y les dijeron mirasen qué querían y si había novedad en lo que habían quedado el día antes, y habiendo llegado el hombre de á caballo, el indio enemigo arrojó la lanza y se hincó de rodillas á besar los piés del caballo, y habiéndole dado vueltas y vístole muy bien, hizo sañas al caballero para que se apartase y llamó al indio amigo, diciéndole que luchase con él, porque ya conocía ser más valiente aquel de á caballo, y así el indio amigo salió, y lucharon, y habiéndole derribado el nuestro, le hizo levantar y le abrazó dejándole libre, y él se quitó las plumas y cuanto tenía, y puso las plumas, y armó á nuestro amigo, y le dió la lanza, y cojiéndole por la mano, se fué hacia nuestro campo, y antes de salir del puesto á donde fué la lucha, alzó la mano al cielo, y llamó á sus compañeros, que eran casi dos mil y estaban á la mira, y llegados á donde el gobernador y campo estaban, el indio luchador se hincó de rodillas delante de Guzmán y le dijo que ellos habían sabido de los indios sus amigos, cómo el día antes habían visto su grandeza y caballos y no lo creían, y que para verlos habían venido; que ya conocían ser su fuerza grande para con ellos, y que ellos querían ser sus amigos, servirlos y acompañarlos hasta Chiametla, y que de allí irían á la sierra á dar noticia para que vienesen á darle la obediencia; y luego todos dieron muchas plumas y lanzas á los indios nuestros amigos, y el gobernador mandó que éstos fueran en medio de los de á caballo, y que fuesen con mucho recato, porque no hiciesen alguna traición; y yendo ya caminando el campo, á una legua del pueblo y río de Chiametla, salió á recibir á Guzmán el señor y cacique de aquel pueblo, con más de cinco mil indios de guerra muy galanes, y traía un coselete de cuero de caimán, y una rodela de pluma de diversos colores, y todo él muy galán, con muchas plumas muy vistosas y un tigrillo de seis meses muy manso, con un collar de venas de concha, y un cascabel de co-

bre; traía su arco guarnecido de plumas, y una diadema por cima de la frente, el cabello muy trenzado y afeitado el rostro con embije y alcoholado con mucha bazarria, y toda su gente de la misma suerte.

Llegados, hicieron todos sus indios una calle, yendo él por medio. Llegó al gobernador Guzmán, y se postró en el suelo, y dió una voz mirando al cielo, y toda la gente se levantó, y él puso la mano á Guzmán en el pecho, y le dijo que fuese bien venido, preguntándole que si venían del cielo ó de dónde. Entonces el gobernador le dijo que venía de donde salía el sol, y que el gran Emperador le enviaba á que les dijese que supiesen y conociesen que eran sus vasallos, y que él venía á verlos y conocerlos, y á dárselo á entender. A esto respondió el cacique, que se holgaban de ello, que ellos estaban allí para servirle, pues era un tan gran señor. Y luego le presentó el tigre, la rodela y armas, y asiendo del estribo á Guzmán, fueron para el pueblo, y toda la gente que trajo, que serían más de seis mil indios, iban bailando y cantando con sus vocinas y atabalejos, espantados de ver el campo de los cristianos. Llegados al pueblo de Chiametla, aposentaron al Gobernador en unas buenas casas bien aderezadas, y al campo lo alojaron dentro y fuera del pueblo. Diéronles mucha comida, pescado de muchos géneros, ostión, aves, maiz, pan y miel, y con tanta abundancia, que había para cuatro campos como los nuestros, y luego les presentaron muchos papagayos, y gran cantidad de cueros de tigres y leones. El Gobernador mandó á todos que se fuesen á sus cuarteles, porque quería descansar y estarse allí algunos días para correr la tierra y pacificarla. Y otro día vieron muchos indios de la mar, y muchos caciques á ver á los españoles, y á dar la obediencia al gobernador, con muchos presentes de cosas de comer, que eran bien recibidos, y para ellos mucho regalo, y viendo que convenía correr el río hasta la mar abajo, envió dos capitanes, que el uno fué á la mar y el otro el río arriba hacia la sierra, y vieron toda la tierra muy poblada de gente, y que los de la sierra eran muy belicosos, y no tan afables como los de la mar. Luego mandó tomar posesiones

en nombre de S. M., y encargó á todos aquellos caciques, que tuviesen paz unos con otros.

Desde este pueblo de Chiametla, envió Nuño de Guzmán á Oñate. Xalisco á Cristóbal de Oñate (que después fué encomendero de Xalisco) para que dijese á los indios le enviasen más oro y plata, y habiéndole enviado dos jícaras llenas, una de oro y otra de plata, soltó al cacique rey de Xalisco, Don Cristóbal, y á los demás principales que había llevado presos. Díjoles á los de Chiametla, que iba á ver á los de Culiacán, y que presto volvería; despidióse de ellos y tomó su viaje.

CAPITULO XLV.

En que se trata cómo, mientras Nuño de Guzmán pasó á Culiacán, el cacique Pantecatí con los suyos se bajaron de los montes y quebradas, y se cuenta el viaje que Nuño de Guzmán hizo, y lo que le sucedió en él.

Año de 1531. Habiendo pasado Nuño de Guzmán á Chiametla, teniendo noticia el cacique Pantecatí que proseguía su viaje á Culiacán, teniéndose ya por seguro de sus tiranías, se bajó con los suyos de los montes y quebradas, y se volvió á su pueblo de Tzapotzinco. Había llevado Nuño de Guzmán mucha gente consigo de todos los pueblos por donde había pasado, y se le huyeron y volvieron muchos, y aunque el cacique Pantecatí y los suyos estaban agraviados de Nuño de Guzmán y de los indios amigos que llevó consigo, no mataron ninguno de ellos que se volvían, antes los consolaban, regocijaban y daban de comer, y si era español, no sólo le daban de comer, sino que viéndole desnudo, le daban mantas para que se vistiese. Sólo los pueblos de Tlayacapan, Tepehuacán, Tecpatitlán y lo que ahora

se dice Santiago, mataban á todos los que encontraban, que venían de huida, y principalmente el cacique de Xalisco D. Cristóbal, con los grandes agravios que había recibido, procuró juntar muchos pueblos para vengarse de los españoles y matar todos los que hablaban la lengua mexicana, y para esto procuró buscar gente y pagarla para que acudiesen á ayudarle á su intento, y por esta causa, dió una hermana suya al pueblo de Acuitlapilco, y procuró convocar los pueblos de Nayamita, Nochtlán, Tepetitlán, Cuimorita, Tecomatl, Tepehuacán, Tlayacapan, Tzapotzinco, Xalxotlán, Tepic y Itztapan, que eran doce pueblos y fueron á su llamado, y los indios de Tepic enviaron á llamar á Pantecatí, que andaba en Cacahuatlán, el cual llegó á Tzapotzinco y halló á los principales que se andaban aderezando para ir á matar á todos los que eran de la facción de Nuño de Guzmán, y para eso tenían ya cogidos á dos de los mexicanos que venían huidos, el uno llamado Tzayohué, y otro Cuamotoczi, y viéndolos presos, Pantecatí preguntó á los suyos que por qué los tenían así, y le respondieron que querían concluir con todos los mexicanos y los demás que eran del ejército de Nuño de Guzmán, y entonces les dijo Pantecatí que con qué orden ó cómo se hacía aquello, á que le respondieron que Don Cristóbal, el cacique de Xalisco, les había llamado y congregado, y dicho lo que habían de hacer, y á los pueblos que arriba quedan referidos, en venganza de los agravios que habían recibido de Nuño de Guzmán y de los suyos; y habiéndolos oído Pantecatí, les dijo: "Mejor será que me mateis á mí primero y después los mateis á ellos. ¿Por ventura no sabeis á dónde fueron los españoles y que han de volver, y que los indios de Xalisco son nuestros enemigos? ¿No son dignos de estimación los mexicanos? ¿no son ellos los que hacen demostración del oro y de la plata y de tantos plumeros vistosos y vestidos tan galanos y de tanta estima?" Y habiendo dicho esto, cogió á los presos, los soltó y dejó ir. Esto pasaba mientras Nuño de Guzmán iba caminando para Culiacán, el cual saliendo del pueblo de Chiametla, quiso correr toda la provincia que comienza desde la punta de Mataren hasta el río

de Piastla y la sierra y el río del Espíritu Santo, con el valle de Matzatlán, y habiendo llegado á este río, á que puso por nombre del Espíritu Santo, hizo allí asiento y mandó á un capitán que se llamaba Cristóbal de Barrios, fuese y viese la mar y valle de Matzatlán y sus poblaciones, y á otro capitán mandó que fuese el río arriba hasta la cumbre de la sierra, y él se quedó allí á ver los secretos de la tierra, y habiendo salido los que corrían hacia la mar, se fueron el río abajo y valle de Matzatlán, y era tanta la gente y pueblos que había desde donde estaba el gobernador en doce leguas que hay hasta la mar, y tantas las labores de maiz y calabaza, algodón y mucho pescado y mantas, que era de ver, y toda la gente salió de paz. Fueron corriendo toda la tierra y todos se dieron, y habiendo gastado ocho días, volvió á donde Guzmán estaba y le dió razón de todo lo que había visto y sucedido, de que quedó muy gustoso; y estando en esto, llegó el otro capitán que había ido á la sierra y á Tepuzque y á Materoi, y llegado á la cumbre, aunque muy áspera, y contó como le había salido la gente de paz, aunque serranos, y que no tenían tanta abundancia de lo necesario, y que fueron á salir por lo alto de la sierra y á Castilaha y á Itzapalen y río de Piastla hasta la mar, y tomaron posesiones, y contrajeron paz y amistad, y así se vino al campo, y entonces la puso por nombre la provincia de Chiametla, y llamó á los capitanes y les dió noticia de todo, y á los caciques y señores de aquel río, y les mandó que no tuviesen guerras unos con otros, como solían, y que él se holgaba de haberlos visto y de tenerlos por amigos, que se quedasen con Dios, porque él iba adelante á descubrir tierras y á ver á los culiacanenses, y por dejarlos más contentos, mandó dar á todos los caciques y señores de este río, algunas cosas de rescate, que las estimaban en mucho, y muy contentos se fueron el gobernador y los suyos para Culiacán, y los indios se quedaron en sus pueblos.

CAPITULO XLVI.

En que se prosigue el viaje que Nuño de Guzmán y los suyos hicieron para Culiacán.

Año de
1531.

Salió Nuño de Guzmán en demanda de la provincia de Culiacán, marchando siempre por la costa del mar del Sur (habiendo dejado muy buen recaudo en lo conquistado), y halló muy gran suma de indios que en el traje, policía y lenguaje, se diferenciaban de los de Chiametla y eran bien agestados y de gallarda corpulencia; y habiendo llegado con su ejército al pueblo del Oso, que está á tres leguas de Culiacán, el señor y cacique de este pueblo, le salió á recibir de paz, acompañado de diez mil indios guerreros, todos vestidos de mantas de algodón y muy bien aderezados de varia y vistosa plumería, con arcos y macanas en las manos, y llegó el cacique á la presencia del general Nuño de Guzmán, se arrodilló y le dió la bienvenida, y admirándose de ver el traje español, le preguntó que á qué venía y qué buscaba en sus tierras, y dijo que no le hiciesen daño, que él ni los suyos no pretendían guerras sino paz, por tenerlos por hijos del sol. El Gobernador le recibió muy bien, y le mandó honrar y regalar, y el cacique le rogó que, pues estaba cerca el río y pueblo de Navito, se sirviese de ir á él á descansar.

Otro día, mandó Nuño de Guzmán que se aprestasen con buen orden y cuidado y marcharon por las orillas del río de Navito, á donde le salieron á recibir más de cincuenta mil indios armados con arcos, flechas, dardos de brasil, macanas de guayacán, cuchillas de pedernal, con banderillas en los carcajes, vestidos de mantas matizadas y de pieles de leones, tigres, y de muy lucidos penachos de plumería, y al cuello traían sartales de codornices, papagayos, y otra infinidad de pajarillos

El camino tenían limpio, enramado y con muchos sahumeros, y al son de instrumentos músicos, iban bailando y cantando la bien venida de las nuevas gentes.

Fueron acompañando á nuestro ejército hasta el pueblo de Navito, que está de la otra parte del río, en cuyas corrientes estaba un bosque hecho á mano, de espesas arboledas, del cual salieron unos indios desnudos con unos garrotillos en las manos, los cuales, bulléndose en lo más profundo del agua, sacó cada uno un lagarto ó caimán abrazado con él, y con gran destreza y gallardía se le subía en los lomos y espinazo, y lo rendía á palos hasta sacarlo á tierra, donde los toreaban como en coso, y lo mismo hacían en el agua, lo cual causó gran gusto y admiración al ejército, y al pasar el río, ya que el general llegaba en medio, rompieron el bosque, y fué tanta la multitud de lagartos que salieron de él, que se cubrió el río, y los indios con gallardía y presteza los flechaban y lazaban, y á los nuestros les pareció un muy vistoso torneo, con que fueron muy gustosos al pueblo, y á la entrada de él salió toda la plebe cantando y bailando, derramando flores de varios olores y colores, y llegado que fué el ejército á las casas del cacique, salieron los nobles con sus mujeres á recibir al general, y la mujer del cacique estaba vestida de un güeipil ó alcandora de varios colores, y traía al cuello muchas sargas de caracoles y perlas quemadas, y las mujeres sartales de papagayos, hurracas, faisanes, codornices y pájaros de muchos géneros, y lo ofrecieron al general, y luego le aposentaron y regalaron á su modo, y otro día llamó el gobernador al señor y cacique del pueblo, y á los principales de él, y les rindió las gracias por el amor con que le habían recibido y por el gusto que habían mostrado de su venida, y les dijo se fuesen á descansar á sus casas, y así él y los suyos hicieron lo mismo, y que otro día les diría las causas y fin de su venida. Acabada la plática, se despidieron los caciques, y fueron gustosos á sus casas y rancherías, por tener tales huéspedes, aunque recelosos, como QUE nunca los habían visto.

CAPITULO XLVII.

En que se prosigue la materia del pasado.

Llamó el general á los capitanes y oficiales del ejército, y les representó que era mucha la bonanza y apacibilidad que mostraban los indios, y que no se descuidasen en confianza de la mucha paz y fiestas con que fueron recibidos, no fuese cebo para descuidarlos y dar sobre ellos, y el placer se convirtiese en lágrimas y ruina; pusieron centinelas y hicieron otros reparos de guerra mientras nuestros españoles descansaban, aunque con cuidado y vigilancia. Acudieron al río de Navito y sus contornos más de cuarenta mil indios guerreros, los cuales bajaron de la serranía, sin otros tantos que vinieron de la mar y puertos; dos noches hicieron muchos bailes y algazaras, con sus atabales é instrumentos bélicos, encendiendo grandes hogueras y fuegos, prometiendo esta junta alguna novedad. Pasadas estas noches, otro día á las ocho de la mañana, el señor y cacique de Culiacán llegó á Navito, que era el más poderoso de aquellas provincias; acompañábanle otros muchos caciques de su gobernación, haciéndoles escolta más de quince mil indios guerreros, bien armados y vestidos. Fué avisado el general de su llegada, y lo salió á recibir al patio de la casa, acompañado de sus capitanes y guardia. Dieron los caciques señal de paz bajándose y poniendo los arcos, macanas y dardos en tierra, y el general los recibió con mucho gusto y los saludó y mandó que todos los indios principales se juntasen, porque les quería dar á entender la causa de su venida, y, juntos, les dijo cómo venía con aquellos capitanes y soldados, en nombre del rey de España, Don Carlos, á ofrecerles su amparo, para que saliesen de los errores en que los tenía el demonio á quien

ellos adoraban por Dios sin serlo, y que conociesen al verdadero Dios por Señor de cielo y tierra, el cual los había creado á su imágen y semejanza, y que el demonio y ídolos que adoraban, eran creaturas, que por serlo, no merecían la adoración y honra que les daban, usurpándola el demonio al verdadero Dios, y que para que fuesen mejor instruidos en la veneración, reverencia y adoración debida al verdadero Dios y en su santa fe, llevaba en su compañía á aquellos religiosos de San Francisco, que eran el P. Fray Juan de Padilla y su compañero, los cuales, como verdaderos ministros, acudirían á su enseñanza, y él, en nombre de su rey y señor, los recibiría debajo de su protección y amparo, para que nadie los molestase ni fuese á la mano en el dejar al demonio y á los ídolos á quien ellos tan injustamente y en agravio de la Divina Majestad de Dios trino y uno, adoraban y ofrecían sus almas, las cuales, por este desatino y otros pecados que cometían, arderían siempre en el infierno en compañía del demonio y de los que los seguían y habían sido de su bando y parecer; y habiendo estado atentos los caciques á esta plática y discurso, respondieron con semblante apacible, QUE estimaban la merced y favor que les hacían en venir en nombre de tan gran monarca y rey como el de España á ofrecerles su amparo, el cual admitían con muy rendidas voluntades y le serían perpetuos vasallos, y con mayores ventajas rendían las gracias, por las felices nuevas que les daban del verdadero Dios, al cual desde luego reconocían por tal, dejando la enseñanza de su divina ley al discurso del tiempo y buen cuidado de los sacerdotes que en su compañía traía para el efecto; y le dieron la obediencia en nombre del rey Don Carlos, y tomó la posesión de todo aquel río de Navito, puerto y mar, que estaba debajo del dominio de aquellos caciques, los cuales, dicho esto, se volvieron á sus pueblos, y Nuño de Guzmán dió gracias á Dios por la buena facción que se había hecho con tan gran número de gentes, sin haber sobrevenido ningún desabrimiento, y con buen ánimo dió principio á perpetuar en la tierra la ley evangélica y habitación de los españoles.

Fr. Juan
de Padi-
lla.

CAPITULO XLVIII.

En que se trata cómo este año, que fué el de 31, se dió principio á la villa del Espíritu Santo, por otro nombre Guadalajara, y á la villa de San Miguel.

Año de
1531.

Por este tiempo, estando Nuño de Guzmán en la conquista de Culiacán, el capitán Juan de Oñate, con comisión que le quedó, fundó la villa del Espíritu Santo, junto al pueblo de Nochistlán, por otro nombre Guadalajara, á devoción del dicho Nuño de Guzmán, que era natural de Guadalajara, y aunque tuvo título de villa, por las continuas guerras, no fué su fundación en forma hasta el año de 1532, como adelante se verá, y el dicho Nuño de Guzmán, viendo la tierra de Culiacán tan poblada de gente, y que se podían temer muchos alborotos, para su seguro, labró una fortaleza en el pueblo de Navito y fundó la villa de San Miguel, nombró alcaldes y regidores y los demás oficiales convenientes á una república, y señalados los vecinos, les dió ordenanzas de cómo se habían de gobernar; puso por justicia mayor al capitán Melchor Diez, y fueron pobladores de los antiguos:

POBLADORES ANTIGUOS.

Don Pedro de Tovar, hermano de D. Sancho de Tovar, regidor mayor de la villa de Sahagún, y de la casa de Boca de Huélgamo. Diego López, veinticuatro de Sevilla. Esteban Martín, natural de Sevilla. Juan de Medina, vecino de Sevilla. Pedro de Nájera, de Baeza.

VECINOS Y CONQUISTADORES DE LA VILLA DE SAN MIGUEL.

El capitán Cristóbal de Tapia, de la villa Trujillo. Juan